

REVISTA TEMAS



Estrellas guarnieñas

Referencia al citar este artículo:

Pita, R. (2016). Colonización, conflicto y cultura en la región del Magdalena Medio: entre la diversidad y la estigmatización. *REVISTA TEMAS*, 3(10), 65 - 80.

Colonización, conflicto y cultura en la región del Magdalena Medio: entre la diversidad y la estigmatización¹

Roger Pita Pico²

Recibido: 10/5/15 Aceptado: 13/5/16

Resumen

El Magdalena Medio rompió el paradigma de las regiones homogéneas que ha primado en Colombia. Lo anterior obedece a las continuas olas de colonización que han signado su devenir histórico. Allí lo que más ha prevalecido es la diversidad social y cultural enmarcada dentro de un ambiente de pobreza, violencia, radicalidad e intolerancia política. En ese contexto, este artículo tiene por objeto analizar cómo la cultura en esta región puede percibirse como un elemento clave para construir sociedad y propiciar el diálogo intercultural en el marco del escenario de posconflicto.

Palabras clave

Colonización, violencia, cultura, Magdalena Medio, siglos XX y XXI.

Colonization, conflict and culture in the Magdalena Medio region: between diversity and stigmatization

Abstract

The Magdalena Medio broke the paradigm of the homogeneous regions that has prevailed in Colombia. This is due to the continuous waves of colonization that have marked its historical development. Here's what has prevailed is the social and cultural diversity framed within an environment of poverty, violence, radicalism and political intolerance. In that context, this article aims to analyze how culture in this region can be seen as a key to building society and promote intercultural dialogue under the scenario of peaceful coexistence and post-conflict.

Keywords

Colonization, violence, culture, Magdalena Medio, XX and XXI centuries.

¹ Artículo de reflexión que hace parte del proyecto de investigación titulado: "Análisis y perspectivas del Magdalena Medio como región cultural en el marco del post-conflicto", adelantado por el autor de manera independiente.

² Politólogo por la Universidad de los Andes, magíster en Estudios Políticos por la Pontificia Universidad Javeriana, director de la Biblioteca de la Academia Colombiana de Historia. Correo electrónico: rogpico@hotmail.com

Introducción

El Magdalena Medio corresponde al valle central del río Magdalena y está ubicado en una zona estratégica de Colombia, en un punto de confluencia entre el Oriente y Occidente del país, y entre el centro y la costa Caribe. Su piso térmico predominante es el cálido, geográficamente está constituido más que todo por planicies aluviales con suelos fértiles y algunas colinas de pendiente moderada. Es un territorio de gran importancia económica por cuanto allí se desarrollan actividades de explotación petrolífera y aurífera, con un sector agropecuario y comercial muy dinámico, además de la tradicional producción piscícola (Londoño, 1999, p. 6).

Sus riquezas naturales contrastan con unas condiciones sociales y políticas realmente complejas. La región cuenta con una inequitativa distribución de la tierra reflejada en una alta tasa de concentración y una lucha constante por su dominio. En promedio, el 70% de sus habitantes son pobres, cifra que se ubica muy por encima del promedio nacional (Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio, 2001, p. 6).

Según estimaciones del Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio (2001), la población en esta área territorial supera fácilmente las 800 000 personas, con un 60% ubicada en el espacio rural. La región cuenta actualmente con 28 municipios y en su territorio confluyen los departamentos de Cesar, Bolívar, Antioquia, Santander, Caldas, Boyacá y Cundinamarca. Sus principales epicentros urbanos son Barrancabermeja, Puerto Wilches, Puerto Berrío y la Dorada.

No obstante, es necesario precisar que el Magdalena Medio no es propiamente una región si nos atenemos a lo contemplado por la Constitución de 1991, según la cual, esa nominación corresponde ex-

clusivamente a la comunión de varios departamentos. En términos reales, lo que a la larga se ha hecho común en definir como región del Magdalena Medio es una zona de confluencia de varios municipios pertenecientes a cuatro departamentos, un área que en últimas comparte una base geográfica y climática, una situación generalizada de pobreza e inequidad con una marcada diversidad cultural y unas manifestaciones de violencia a través de su desarrollo histórico. Es una construcción que paulatinamente se ha afianzado en la conciencia colectiva de sus habitantes, tal como lo demuestran los mismos testimonios recogidos en los estudios de campo.

Cultura y región

La región no es solo producto del determinismo geográfico, sino de una conjunción de factores. Su configuración es resultado también de la construcción humana y de la decantación de múltiples experiencias históricas. Representa un escenario en el cual confluyen diferentes fuerzas sociales que interactúan y expresan sus intereses, competencias y conflictos.

Las anteriores apreciaciones conducen a pensar en la conveniencia de tomar como base para este ensayo una concepción integral de las regiones. La investigadora Clara Inés García sintetiza muy bien esa intención al definir las:

[...] como entidades socioespaciales con dinámicas específicas e identidades culturales propias a partir de las cuales ellas pueden ser pensadas como contextos sociales globales, como marcos sociales relativamente autónomos en los que se definen conflictos, proyectos políticos e identidades sociales (1993, p. 25).

Como premisa esencial, es necesario tener presente que la región no es un espacio inerte sino que está supeditado a continuas transformaciones y reacom-

damientos, reflejo mismo de la dinámica sociedad que la ocupa. Si bien hay ciertos rasgos que pueden caracterizarla y distinguirla de otras, esto no quiere significar que deje de ser heterogénea y compleja en su esfera interior.

Anteriormente, la primacía de las percepciones economicistas y políticas tendía a desconocer o subvalorar la dimensión cultural³ del territorio. Ahora impera más la conciencia de verlo no solo como el espectro en el que se inscriben los modos de producción o el flujo de mercancías o personas, sino también como un denso entramado de relaciones simbólicas.

Hoy en día es inconcebible un espacio regional sin cultura y a su vez esta se percibe como un componente primordial del ámbito regional (Fals, 1990, p. 175). De por sí, la cultura puede incidir en la proyección social y económica de una región, es allí en ese plano donde puede hacerse más democrática la participación cultural.

Desde sus épocas iniciales, Colombia presentaba una población esparcida en núcleos aislados y separados geográficamente por cordilleras y con notables diferencias socioeconómicas, circunstancias que perfilaron un país de regiones. Esta connotación prácticamente se convirtió en un elemento constitutivo de nacionalidad y a su vez hizo que la realidad cultural adquiriera una fuerte base regional, por eso, resulta conveniente adentrarse en la comprensión de sus especificidades y elementos comunes.

Pero a pesar de estos acentuados matices, hasta la década de los cincuenta del siglo pasado el país estuvo sumido bajo el falso liderazgo de una élite europeizante

y excluyente que solo ponderó el espacio andino despreciando aquellas otras culturas de la periferia. Era una cultura oficial profesada desde la óptica centralista de la capital. Fue así como terminó prevaleciendo una visión homogeneizante que pretendía desestimar de tajo las gamas regionales y étnicas. Dicho mejor en palabras de la investigadora María Emma Wills, era una nación donde la unanimidad primaba sobre la diversidad (1999, pp. 387-415).

Entre los principales exponentes de esta ideología se pueden citar a José María Samper, a Luis López de Mesa y al expresidente Laureano Gómez. Este último le confería una singular importancia a la variable geográfica en donde las zonas de cordillera eran, según su criterio, las más idóneas para la civilización. Entre tanto, las tierras bajas y cálidas no las veía aptas para una buena organización social ni para el progreso económico. Consideraba a sus gentes como pasivas y apáticas a la cultura, concretamente sobre el Magdalena Medio destacaba su carácter anegadizo, inhóspito, selvático e inhabitable (Gómez, 1928, 14-65)⁴.

La Constitución Política de 1991 le imprimió un nuevo ímpetu a la cultura posicionándola como un aspecto cardinal de la nacionalidad. En sus artículos 7° y 8° se puso de relieve la obligación del Estado y de las personas en la protección de las diversidades étnicas y las riquezas culturales tangibles e intangibles (p. 4). Asimismo, se consagraron varios derechos humanos con una honda implicación cultural, donde se dio vía libre al respeto, al reconocimiento, a la promoción y a la libertad de las expresiones culturales⁵.

3 Aquí se toma el concepto abarcante de cultura vista no solo desde la perspectiva artística o folclórica, sino también como el conjunto de valores, símbolos, representaciones, actitudes y modelos inherentes a la vida social (Giménez, 2000, p. 98).

4 Para un análisis más detallado de los discursos sobre periferia, salvajismo y otredad en la historia de Colombia (Serje, 2005).

5 Para ahondar más sobre el tema cultural en la actual Carta Política (artículos 13, 16, 18, 19, 20, 27, 70, 71 y 72).

El devenir histórico

Sin duda, uno de los factores más decisivos en la particular conformación del Magdalena Medio como región cultural fue su álgido proceso histórico. La diversidad socio-cultural y los movimientos migratorios fueron los dos rasgos principales en su desarrollo como región, todo esto en medio de un contexto de dificultades y tensiones sociales.

Sus tierras fueron pobladas desde un comienzo por los indios colimas, muzos, carares, yariguíes y motilones en el costado oriental, y por los panches, pantágoras, yamecés y guamacoes en el área occidental. Estos nativos, que en su gran mayoría pertenecían a la familia caribe y unos pocos a los chibchas, se dedicaban más que todo a los cultivos, a la caza y a la pesca. En términos generales, no fue fácil doblegar a quienes defendían férreamente su territorio ancestral obligando al gobierno español a realizar ingentes esfuerzos en sus campañas de pacificación.

Respecto a la población negra, la primera alusión histórica en estas tierras se remonta a su participación en las gestas de exploración que adelantaron los primeros conquistadores, y tal como podía preverse, los prematuros contactos con los nativos fueron por lo general súbitos y violentos. Posteriormente, al implantarse el sistema colonial, la impronta esclava fue en realidad escasa debido a la inseguridad y a las hostiles condiciones ambientales, por un lado, y por el otro, a las adversidades para ubicar allí proyectos productivos de largo aliento y florecientes asentamientos urbanos de blancos. Dado su carácter servil, su permanencia fue igual de temporal y fortuita que la de sus propios amos que a la postre lograron instalarse (Pita, 2005, p. 170).

El hecho de tener el río Grande de la Magdalena como espina dorsal de este territorio hizo que algunos negros parti-

ciparan en la boga en reemplazo gradual de los indios. Es posible que algunos de ellos que iban de paso por esta arteria fluvial alcanzaran por alguna contingencia a refugiarse en la región, lo anterior encuentra asidero si se tiene en cuenta la costumbre que tenían de abandonar sus faenas a mitad de camino (Múnera, 1998, p. 44).

Asimismo, estos hombres de ébano fueron vinculados a los cultivos de cacao hacia el costado oriental del río, incluso con cuadrillas traídas por comerciantes momposinos para trabajar estacionalmente en tiempos de cosecha. También fueron movilizados con motivo de la explotación de oro en Guamocó y Simití en inmediaciones de la serranía de San Lucas y hay indicios de algunos asentamientos de cimarrones provenientes fundamentalmente de las provincias de Girón, Mompós y de otras partes de la Costa Caribe.

Históricamente, el poblamiento de esta región fue lento y disperso. La ciudad Franca de León y San Juan de Borja se cuentan entre los primeros intentos fallidos, por establecer allí centros urbanos de relevancia. En el siglo XVII y con ocasión del auge minero en la parte norte fue fundada Guamocó y más tarde San Antonio del Toro⁶, la primera entró en decadencia junto con la fugaz explotación aurífera mientras la segunda alcanzó a erigirse como ciudad. A esto se le sumaron las tentativas no siempre fructíferas de las autoridades virreinales por consolidar poblaciones prósperas en los márgenes del río para hacer más cómodo el incierto y azaroso viaje de navegación (Colmenares, 1989, pp. 18, 208).

Pero, sin lugar a dudas, el componente demográfico de sus zonas aledañas fue lo que predeterminó su evolución social. Hacia el siglo XVIII ya se advertía un avance

⁶ Hoy municipio de Simití.

significativo en el proceso de poblamiento blanco y mestizo en las áreas de vertiente correspondientes a las provincias de Tunja, Vélez, Socorro, San Gil, Girón y Ocaña, principalmente. Ante este inusitado crecimiento empezó a hacerse sentir el problema de la falta de tierra, situación que propició las incursiones masivas en estos suelos calenturientos del valle del Magdalena septentrional.

De otra parte, es también pertinente observar cómo las necesidades de comunicación que ofrecía esta zona hacían apremiante la cristalización de un camino más corto y estable que uniera al puerto de Cartagena con el interior del Nuevo Reino de Granada. Fue así como desde las primeras épocas y en forma reiterada se hicieron denodados esfuerzos que facilitarían esa conexión, tales como el camino del Opón, el camino del Carare y más tarde el de Chucurí. Gracias al impulso de estos enmarañados proyectos, se movilizaron cientos de familias coloniza-

doras que implantaron allí sus pequeñas empresas agrícolas aunque con el constante asedio de los indios yariguíes y los avatares propios de una región selvática de difícil condición climática (Ramos, 2000, pp. 45-146).

Finalmente, en ese siglo se pudieron levantar los cimientos de pequeñas parroquias de intermitente vigencia, entre las cuales se pueden nombrar a Puerto Botijas o Cañaverales, El Pedral, San José del Carare, Las Flores y La Paz. Para tener una aproximación del panorama demográfico de entonces, conviene revisar una muestra del censo general realizado en 1778 en la que se alcanza a insinuar la composición étnica de la región con un elemento indígena casi devastado, una abrumadora mezcla de gentes y cierta proporción de población negra de la cual aún hoy persisten rastros fenotípicos, básicamente en la parte norte, desvaneciéndose su color a medida que se avanza hacia el otro extremo.

Tabla 1. *Composición étnica de las poblaciones ubicadas en la parte media del río Magdalena según el censo de 1778*

Población	Blancos	Libres	Indios	Esclavos	Total
Puerto Botijas	40	220	1	8	269
El Pedral	20	163	20	1	204
Simití	150	521	39	168	878
Guamocó	13	217	25	53	308
Total	223	1121	85	230	1659

Fuente: AGN. *Censos Redimibles - varios departamentos*. AGN. *Fondo Enrique Ortega Ricaurte*, Censo 1, caja 37, doc. 8.

Con mucha frecuencia, los mandatarios civiles y eclesiásticos de estos nacientes poblados se vieron incapaces para hacer valer su jurisdicción sobre el infranqueable terreno que les circundaba. Según los relatos de la época, había “[...] muchas personas y aún familias enteras haciendo vida absolutamente bárbara en lo político y cristiano, pues no reconocen juez ni cura que pueda cuidar de su

educación y gobierno” (AGN, s.f., t. 28, f. 159r). Aún en los estertores del período colonial se señalaba el relajamiento campeante en estas llamadas “tierras incultas”. En su diario de viaje escrito en 1802, el cura fray Pedro Pardo dio cuenta de que a su paso por el río Carare permanecían varios individuos de color viviendo en franco concubinato (AGN, Historia Civil, t. 13, f. 624v).

El siglo XIX, que trajo consigo el advenimiento de la era republicana, estuvo marcado por la explotación de la tagua y la quina. En el lado oriental siguieron los esfuerzos de exploración y colonización aún a costa de la continua arremetida de los ya menguados indios (Velásquez, 2012). Entre tanto, la otra banda fue escenario de la fuerza arrolladora de la colonización antioqueña, primordialmente desde la segunda mitad de esa centuria. Aparecieron además reducidos caseríos dirigidos al aprovisionamiento de madera para los buques a vapor que surcaban el río Grande de la Magdalena, al tiempo que continuaron arribando gentes de todas las latitudes ávidas de tierras baldías. Fue en esta época cuando adquirió verdadero auge el desarrollo urbano a través de la creación de la gran mayoría de municipios que hoy existen, especialmente en el flanco oriental.

Una vez inaugurado el siglo XX, quizás el hecho más crucial en la región fue el inicio de la explotación petrolera en torno al poblado de Barrancabermeja. Esto transformó al Magdalena Medio en una zona de enclave económico, donde empezó a coexistir la actividad minera con una producción agropecuaria diversificada. Ligada a esta inversión capitalista surgió luego una activa fuerza sindical acompañada de una prolífica irrupción de movimientos sociales y populares de protesta.

En el pleno albor de esa centuria, la comunidad de los jesuitas emprendió una misión, tal como lo habían hecho en la Orinoquia y Amazonas. La prefectura apostólica, cuyo radio de acción iba desde Magangué hasta Puerto Berrío, tenía como propósito profundizar la labor evangélica “que era casi nula por la falta de clero en esas regiones abandonadas”, y adicionalmente, detener el “peligroso” contacto con los *yankis* protestantes de las petroleras allí apostadas (Briceño, 1984, pp. 137-139).

Los misioneros pudieron constatar de primera mano los altos índices de pobreza y la precaria educación de los pobladores, al tiempo que se mostraron sorprendidos por el hecho de que en más de 125 años de vida republicana el Estado no se hubiera preocupado por llevar la civilización hacia aquellos parajes. Señalaban como principales obstáculos para reducir sus gentes a la cristiandad: la indiferencia religiosa, el concubinato y la embriaguez (Briceño, 1984, pp. 56-68).

En la década de los sesenta hicieron su aparición las guerrillas del ELN y las FARC. En los ochenta entró en acción el narcotráfico, desplegando empecinadamente sus tentáculos en la parte sur de la región y extendiendo su corrosivo poder económico, acompañado de un descomunal interés terrateniente. Conexo a esta actividad tomó especial auge el fenómeno paramilitar que exhibió gran influencia en jurisdicción de La Dorada y Puerto Boyacá para luego extenderse a otras áreas de la región, manteniendo una recia confrontación militar con los grupos guerrilleros.

Tradicionalmente, allí han sido evidentes los años de olvido estatal y marginalidad que convirtieron a esta zona en una de las más violentas del país en la década de los ochenta, experimentándose el espiral de una guerra irregular y de una sistemática violación de los derechos humanos con unas altas tasas de homicidios, secuestros y acciones armadas⁷. En términos generales, la violencia en la región ha sido reflejo de las intensas y cambiantes dinámicas de la guerra a nivel nacional. Ha sido una violencia con unas dinámicas propias a nivel subregional en donde la estrategia de los grupos armados ha estado dirigida a atacar y controlar la población civil (Dávila, A. 2007, p. 87).

⁷ De 1993 a 2006 se registraron en el Magdalena Medio 138 masacres, mientras que entre 1990 y 2003 se contabilizaron 2760 asesinatos (Dávila, 2007, pp. 63-73).

Así las cosas, se puede llegar a afirmar que las relaciones entre región y Estado han sido por lo general conflictivas y contradictorias.

Colonización y confluencia cultural

La riqueza demográfica es quizás la más apreciable en el Magdalena Medio, allí han tenido cabida los más variados grupos con sus tradiciones culturales. Su céntrica posición ha hecho que en estas tierras como en ninguna otra esté condensada una buena parte de Colombia.

Las continuas colonizaciones que se han fraguado en la región fueron empujadas en gran medida por la economía de enclave, pero también por los movimientos sociales y los conflictos armados, con las consecuentes avanzadas de reubicación violenta⁸. Se gestó una zona de frontera abierta con sucesivas oleadas de pobladores que “como capas geológicas se van superponiendo, pero a su vez retroalimentándose y afirmándose” (Vargas, 1992, p. 43). Fue así como la migración voluntaria verificada desde tiempos coloniales fue reemplazada abruptamente por el desplazamiento forzoso.

Esta incursión colonizadora, que marcó la diferencia con las zonas del alto y bajo Magdalena, trajo como resultado una evidente diversidad cultural con un complejo imaginario campesino. Se presentó entonces un inusitado proceso trashumante que entró a cuestionar los paradigmas vigentes sobre la concepción de Colombia como un país de regiones homogéneamente culturales y bien definidas. Con todos estos flujos poblacionales en esta zona se ha ido formando con los años una sociedad plural, abierta y receptiva, lo cual le confiere una ventaja en relación con otras más uniformes culturalmente.

La primigenia fusión étnica entre indios, negros y blancos, fraguada desde tiempos coloniales, dio lugar a una cultura ribereña que es el sustrato básico de la región. Todos tenían en común el hecho de hacer parte de una cultura anfibia con una estrecha relación con la naturaleza, una adecuada apropiación de los recursos y una excepcional capacidad de acoplarse a los avatares climáticos y ambientales. El río era, en ese sentido, la columna vertebral de sus vidas, su principal referente (Arcila, 1994, p. 85).

Sobre esta tradición ribereña entraron en interacción las contribuciones culturales traídas por los diferentes grupos de migrantes que desde la época republicana se han ido asentando allí. Primero fue refugio para excombatientes de las guerras civiles del siglo XIX y a mediados de la siguiente centuria fue territorio de abrigo para los que huían de la denominada época de la violencia entre liberales y conservadores. Pobladores de distintas partes del país e incluso norteamericanos también hicieron presencia en torno a la producción del petróleo. No mucho tiempo después se ubicaron algunos sirio-libaneses llamados popularmente *turcos* que se dedicaron más que todo al comercio en las principales localidades de la región. En procesos migratorios más recientes, este territorio ha albergado también una numerosa población negra procedente de los departamentos de Chocó, sur de la costa Pacífica y la costa Caribe, migrantes que han registrado algunos avances para constituirse en una unidad sociocultural pese a la diversidad de sus orígenes (INER, 2003, p. 47). Muchas de estas comunidades negras migrantes eran de origen rural, motivo por el cual han reproducido arraigadas relaciones comunitarias y de solidaridad (Lamus, 2014, pp. 116, 124).

Como resultado de estas dinámicas sociales, empezaron a plasmarse ciertas diferencias en el interior de la región. La

⁸ Para mayor análisis sobre el aspecto social y político de la colonización (Alonso, 1997, pp. 22-35).

parte norte que corresponde al eje que va de Gamarra hasta Barranca se formó sobre la base de un importante componente triétnico y con gran influencia costeña y santandereana, mientras que la parte sur representada a través del eje La Dorada, Puerto Salgar-Barranca la constituye una sociedad más mestiza y andina con un gran aporte cultural antioqueño y cundi-boyacense (Murillo, 1991, pp. 11-28).

Lo cierto es que en ambas franjas prima la fisonomía de un hombre extrovertido, apasionado y festivo. Gracias a esta región muchos departamentos pueden experimentar el contraste cultural entre llano y cordillera, ampliamente reconocido en la tipificación de las sociedades latinoamericanas. Estas tierras cálidas son las que hacen polifacéticos a cada uno de los departamentos, permitiéndoles además nuevas posibilidades de turismo y desarrollo. Un ejemplo claro de los marcados contrastes culturales en el interior de los departamentos es el de la ciudad de Tunja en las tierras altas del altiplano y el municipio de Puerto Boyacá, ubicado a orillas del río Magdalena.

En síntesis, el Magdalena Medio se convirtió en un espacio donde entraron en acción culturas y grupos étnicos de contrastantes matices. Pero allí las subculturas no han permanecido aisladas ni han desaparecido, sino por el contrario, han entrado en un juego de interacción y reciprocidad. Este dinamismo hace que hayan sobrevivido prácticas culturales a pesar del contacto, adopción o asimilación cuando una práctica es permeada por otra. Estas relaciones implican el desarrollo de códigos y valores que permiten la aproximación sin detrimento de su identidad y sin provocar la desaparición de algunas de esas culturas (Aristizábal, 1990, p. 26). Predomina la confluencia de usos y costumbres asimiladas indistintamente por unos y otros.

Pocos espacios como estos muestran una amalgama de confluencias culturales que se han visto reflejadas en la cotidianidad. Es así como la música, el baile, y los hábitos alimenticios urden solidaridades, identificaciones y empatías sin necesidad de perder las características propias de sus regiones ancestrales. Dicho en otros términos, hay coexistencia a pesar de la diversidad.

En Barrancabermeja, principal epicentro urbano, han convergido muchas de las características de la región hasta el punto de erigirse como núcleo geográfico y cultural, muchos de sus sentires locales son síntesis de los elementos regionales. Como hito histórico no puede dejarse de mencionar las famosas fiestas del petróleo que convocaban el dinamismo de otras poblaciones ribereñas. De manera simultánea, la ciudad misma se ha convertido en un epicentro que permea con su cultura a su órbita regional inmediata.

Pero la gran heterogeneidad potencializada a través de las múltiples culturas regionales con sus tradiciones y pautas de comportamiento puede eventualmente desencadenar conflictos en convivencia, aunque también con el paso del tiempo sea probable detectar la mezcla o imposición de unas sobre otras (Bello y Mosquera, 1999, p. 464). De por sí, en términos culturales la homogeneidad no es el mejor criterio para definir la región sino la articulación de diferencias no necesariamente armoniosas, puesto que de manera constante incluye contradicciones sin que esto sea óbice para que todos participen del mismo patrón cultural. Estos conflictos son parte del dinamismo cultural caracterizado internamente por una dialéctica de unidad y diversidad (Giménez, 2000, p. 118-120).

Una prueba de que el encuentro de migrantes en esta zona de frontera abierta no ha sido precisamente idílico la ofrece el historiador Fabio Zambrano, quien trae

a colación la etapa de colonización vivenciada en el municipio de Cimitarra hacia la década de los cincuenta, cuando se hallaron roces y se tuvieron actitudes despreciativas por parte de los antioqueños hacia los boyacenses y santandereanos (Zambrano, 1990, pp. 153-154).

De más reciente data son las tensiones ocurridas en Simití entre grupos ribereños más afines a la cultura costeña y los colonos provenientes en su mayoría de la zona andina (Archila, 2006, p. 476). También se han registrado discordias entre raizales y migrantes. De todos modos, al parecer este tipo de impases no ha sido tan pronunciado como para producir divisiones irreconciliables o avivar otras problemáticas de fondo ya existentes.

Aquí no se trata de la simple coexistencia idílica de diversidades culturales sino de implementar una plena disposición al diálogo entre ellas. Más que idealizar una convivencia armónica dentro del pluralismo cultural, de lo que se trata es de explorar imaginativas y civilizadas formas de dirimir conflictos. Las posibilidades de confrontar posiciones en el interior de cada grupo cultural resultan más que apremiantes como ejercicio cotidiano al tiempo que la capacidad de construir a partir del desacuerdo interno puede servir de base para establecer actitudes de tolerancia a la hora de interactuar externamente con otros grupos culturales u otros actores sociales e institucionales.

Este fenómeno de confluencias de migrantes aún no ha concluido ni se ha presentado una fusión definitiva de carácter sincrético, pues “[...] ribereños, sabaneros y laderanos, mantienen su adscripción cultural, y aunque establezcan relaciones de reciprocidad e interacción, estas se desarrollan sobre la base de la existencia de límites que permiten reconocer lo propio de lo extraño” (Arcila, 1994, p. 85).

Sin embargo, esto no ha sido óbice para que en el transcurso de los años y aún a costa de la persistente violencia, se haya traspasado la relación meramente simbiótica con otros agentes del entorno territorial para dar lugar a lazos de solidaridad y participación social. Por encima del origen regional externo ya se han percibido algunos sentimientos de identidad basados en una pertenencia a ese suelo que los ha acogido, máxime cuando ha sido ardua e insistente la lucha por el acceso legítimo a la tierra (Giménez, 2000, pp. 118-120).

Es así como después de verificadas tantas oleadas migratorias y de avanzado el proceso de poblamiento, ya se puede hablar de expresiones de apego territorial por nacimiento y radicación generacional, ya sea por exilio político, mejores condiciones de tranquilidad, intereses económicos laborales, habitación prolongada, entre otros. Es en este contexto donde adquiere creciente relevancia la identidad con la región, sin que esto implique el relegamiento de los fuertes sentimientos de las culturas de origen.

No obstante lo anterior, en los últimos años ha surgido la inquietud sobre las perspectivas de la identidad cultural de la región ante la debilidad de la tradición ribereña. Ha sido alarmante el agravamiento que ha sufrido el río, sumado al devastamiento ecológico y la modernización que han ido provocando la paulatina desaparición de las características inherentes a esta cultura, deterioro que desafortunadamente coincidió con el auge de la violencia y de la tensión social que sacudió la región desde la década de los cincuenta (Arcila, 1994 p. 60).

Dadas estas circunstancias, es muy factible que prevalezcan y se acentúen más las influencias regionales allí asentadas. De por sí, es difícil pensar el escenario en el que estas culturas regionales se desvanezcan y pierdan su repercusión

mucho menos cuando ellas retroalimentan la región al servirles simultáneamente de fronteras culturales a través de las cuales se renuevan los valores, símbolos y expresiones de origen. Posiblemente, ese fuerte flujo intercultural operado gracias a la proximidad geográfica siga siendo tan crucial que termine imponiéndose, haciendo de esta forma más dilatada en el tiempo la cristalización de un acervo cultural propio y de una cohesión interna local.

Conviene recordar a García Canclini cuando sostiene que la idea es no caer en posturas fundamentalistas y dogmáticas de las diferencias identitarias, es decir, una apología totalizante de la diversidad, sino más bien abrir el abanico de posibilidades culturales. Tampoco se trata de que existan grupos culturales dominantes y subalternos, sino que coexistan y convaliden su razón de ser sin una pretensión jerarquizante. Importa sí que se cimiente la diferencia cultural desde la base social misma con un vigoroso componente comunitario, para evitar que prevalezca una visión predefinida y marcada desde la clase dirigente o la perspectiva institucional del Estado, que en ocasiones puede mostrar algunas distorsiones.

Violencia y cultura

Desde su misma denominación inicial, la región del Magdalena Medio estuvo asociada a los avatares del conflicto, puesto que fue un marco geográfico gestado dentro del ámbito de la estrategia militar en la década de los cincuenta (Murillo, 1991, p. 5).

Con el tiempo fue elevándose la polarización social que llevó a la primacía del enfrentamiento armado en detrimento de una vía civilizada y democrática. De ahí se explica que los actores del conflicto permeabilizaran sectores sociales profundizando los factores de beligerancia y tensión política. Dentro de ese contexto

el Estado, más que propiciador de espacios de conciliación, asumió una posición ambigua y cortoplacista sin soluciones integrales y de inversión que trascendieran lo político-militar.

Este cuestionable enfoque oficial, sumado al trato excluyente, han hecho más intrincada la construcción de una identidad cultural y del fortalecimiento de los mecanismos de autoestima (Arcila, 1994, p. 85), al tiempo que han generado una enérgica reacción contra el Estado mismo, lo cual, desde luego, se ha visto traducido en exacerbados niveles de protesta social.

Uno de los fenómenos más alarmantes de la degradación de este conflicto es el desplazamiento forzado, cuya impronta prácticamente se puede rastrear desde las guerras civiles del siglo XIX. Es una compleja situación que ha llegado a dimensiones desproporcionadas, y que está diariamente poniendo a prueba la capacidad de tolerancia cultural en la región⁹, suscitándose continuas migraciones, principalmente hacia el municipio de Barrancabermeja. Se ha creado un proceso inverso al registrado históricamente, es decir, un desplazamiento hacia afuera, arrancando sus gentes de sus sitios habituales de residencia, acelerando y haciendo más caótico el proceso de urbanización. En términos generales, la que más se ha visto perjudicada es la zona rural, depositaria de la tradición ribereña como parte indispensable del patrimonio cultural.

Pero ante tantas vicisitudes, lo cierto y verdaderamente relevante es ver cómo las manifestaciones culturales han demostrado en forma valerosa gran arraigo en zonas de conflicto como estas. Aún en situaciones de inmensa zozobra, la cultura ha servido como distensionador e incluso como catalizador para ambientes

⁹ Según las estadísticas, entre 1994 y 2006 se registraron en la región un total de 103 564 desplazados (Dávila, 2007, p. 33).

más democráticos, señal inequívoca de esperanza y de posibilidades patentes de convivencia.

El Magdalena Medio es por antonomasia un área de resistencia social y cultural que frente a las dificultades crea, propone y se expresa. Unos pobladores acostumbrados a la estigmatización y la mala imagen, pero que ante esa limitante han sabido ostentar la diversidad, proyectándola como una clara oportunidad. En ese sentido, se ha enarbolado la cultura como un abanderamiento de dignidad y reivindicación ante los infortunios, una lucha por el reconocimiento, un grito de resurgimiento social para hacerse visible a nivel nacional. Obviamente, esta defensa trajo consigo sacrificios que costaron la vida de reconocidos promotores culturales, quienes a su vez se han erigido como símbolos de esa apuesta por la tolerancia. Un ejemplo claro de ello fue el asesinato del líder sindical Manuel Gustavo Chacón, destacado gestor cultural y activista popular de la ciudad de Barrancabermeja (Suárez, 2012, pp. 19-24). Gran impacto causó también la masacre perpetrada en 1998 en esta misma ciudad por los paramilitares, hecho en el que fueron ultimados varios integrantes de un grupo de tamboras (Barrios, 2012, p. 15).

Aún con estos desafortunados sucesos, resulta imperativa la existencia de un proyecto cultural en medio del conflicto “[...] que lo contemple y sobre todo que acepte la complejidad y el riesgo que significa ahora más que nunca el trabajo cultural” (Bravo, 2000, pp. 279-280).

Por eso, es esencial estimular la solidaridad y reforzar la resistencia pacífica frente a la injerencia de cualquier agente de amenaza o inestabilidad para la región. Suena alentador el hecho de que el nivel de violencia haya ido cediendo en los últimos años, por lo menos no es tan dramática la confrontación armada, aunque esto puede corresponder a los

vaivenes propios de la historia cíclica que ha vivido la región.

De cara a los acuerdos de paz firmados hace algunos años por el Gobierno nacional con los grupos paramilitares y los diálogos que actualmente se adelantan con la guerrilla de las FARC, habrá que empezar a reflexionar en forma hipotética en un eventual y deseable escenario de posconflicto, donde seguramente la cultura será una de las estrategias llamadas a llenar los vacíos y los resentimientos dejados por tantos años de ignominia y odios, una cultura que contribuya a sanar las heridas.

Políticas culturales y realidad social

A nivel general, se puede afirmar que no ha habido por parte del Estado una política sólida en materia cultural hacia la región. Dicho en otros términos, el Estado todavía no ha sido capaz de repensar al país desde sus lógicas regionales. Solo habría que contar con lo que los estrechos presupuestos locales dedican a ese sector, ya que ni siquiera los débiles gobiernos departamentales han mostrado un verdadero interés.

No obstante, habría que mencionar algunas experiencias aleccionadoras. Una de ellas fue promovida por el Plan Nacional de Rehabilitación (PNR), partiendo del postulado de articular las regiones aisladas que habían permanecido excluidas del desarrollo social. Aquellas en donde por generaciones había pululado la pobreza y la injusticia, situación generadora además de violencia. Dentro de ese plan global y, con el apoyo de Colcultura, se concibió en 1989 la realización de *Aluna: Imagen y Memoria de las Jornadas Regionales de Cultura Popular* que tuvieron entre muchos otros escenarios al Magdalena Medio, y cuyo propósito era crear canales de acercamiento entre el ciudadano y el Estado, y asimismo, fomentar la participación en procesos de

toma de decisiones para lograr una movilidad volcada hacia la identidad cultural (Triana, 1990, p. 14).

Fue la prueba fehaciente de lo imperioso que resultaba explorar y promover las manifestaciones culturales como dispositivo clave para integrar la sociedad local y procurar una atmósfera de amplia tolerancia y convivencia. La concepción pregonada en ese entonces por Colcultura era el reconocimiento de la diversidad regional expresada a través de un variado imaginario colectivo, convocándose indistintamente a creadores de tradiciones populares y lúdicas con un componente excepcional que era la presentación en calles y espacios públicos, de tal forma que se concretó un encuentro abierto y democrático en el que el pueblo se reconocía a sí mismo.

Aunque estas jornadas le conferían a la cultura una función nodal en el desarrollo regional en torno al fortalecimiento de identidades colectivas, aún hoy su máxima propulsora, la antropóloga Gloria Triana, lamenta el hecho que no se haya evaluado concienzudamente su verdadero impacto. Lo cierto es que su frustrada continuidad, en razón a las talanqueras interpuestas por la falta de voluntad política, truncó una potencial vía de reconciliación.

Adicionalmente, no pueden dejarse de mencionar otros eventos como el "Canto a Yuma" que tuvo lugar en el 2000 y que contó con la colaboración del PNUD, el Plan de Desarrollo y Paz para el Magdalena Medio, Ecopetrol, la Alcaldía Municipal de Barrancabermeja y la Corporación Barrancabermeja Cultural. En esa oportunidad se congregaron más de cien talentos artísticos, evocando el histórico poblamiento alrededor del río y los valores culturales autóctonos. Muchos de los cantantes de *rap* e integrantes de grupos folclóricos que participaron en este concierto por la paz, años después se convirtieron en profesores y formaron

nuevas generaciones en escuelas musicales (Samper, 2002, p. 121).

Aunque hayan sido pocas y coyunturales, resulta verdaderamente rescatable ver cómo estas experiencias prácticas significaban un cambio cualitativo en la política cultural oficial por cuanto se sustituyó el anquilosado modelo hegemónico y autoritario por un reconocimiento de la democracia cultural, ofreciendo oportunidades para recuperar la libre expresión y el derecho a la autodeterminación. Era una política que se ajustaba más al carácter heterogéneo y complejo de su devenir histórico como región.

En esta nueva apuesta cultural, las instituciones económicas, sociales y estatales no pueden estar ausentes, puesto que tienen el reto de redimensionar las particularidades culturales basadas en la dignidad humana. Se trata entonces de trazar estrategias que no perciban las diferencias como problemas, sino más bien como potencialidades de este territorio, valorando en todas sus manifestaciones creativas las diversidades pluriregionales.

Diseñar políticas culturales de acuerdo con el nuevo contexto de heterogeneidad y pluralismo social significa un paso valioso para afianzar la democracia social y cultural. Justamente, estudiosos como Fabio López de la Roche y Jesús Martín-Barbero hacen énfasis en la necesidad inaplazable de que las llamadas políticas culturales se inscriban como políticas transversales dentro de las áreas sociales, de justicia, salud, fomento productivo, entre otros (López, 1999, p. 26).

Pero tal vez la preocupación más latente estriba en cómo revitalizar la cultura regional cuando las políticas regionales prácticamente son inexistentes o irrisorias? Un auténtico y eficaz plan para la región debe componerse de talleres comunitarios, movilización pacífica desde el arte, consolidación de centros de trabajo,

apoyo a iniciativas creativas ya existentes que conduzcan a la aceptación de las identidades e imaginarios colectivos, organización de festivales y encuentros en los que sea viable la interacción de experiencias y la divulgación de expresiones más allá de las fronteras locales. También resultaría muy provechoso el diseño de proyectos de investigación sobre el pasado histórico-cultural tanto a nivel local como regional que ayuden a cimentar una nueva sociedad y aprender lecciones a partir de la nefasta experiencia de la violencia y el desplazamiento que en forma sucesiva han signado el destino de la región.

Para ello, es preciso fortalecer la sociedad civil mediante la movilización de los diferentes actores. Alentar entre sus pobladores una participación proactiva en la definición de su futuro y en la aspiración por constituir una región en el amplio sentido de la palabra. Como etapa previa a este propósito, es clave el diseño de un conjunto de acciones pedagógicas encaminadas a reforzar la ciudadanía y la esfera de lo público, todo en torno a garantizar los derechos culturales.

En principio, debe tenerse en cuenta que la zona goza de una ventaja que no puede desaprovecharse. Se trata de un complejo tejido social que ha dado paso a una tradición organizativa liderada en buena medida por las organizaciones comunitarias, los sindicatos y la Iglesia a través del liderazgo asumido por la Diócesis de Barrancabermeja. Esto ha dado origen a un número creciente de asociaciones, cooperativas y ONG que han jugado un papel preponderante en la esfera cultural y que por tanto requieren de un espacio de diálogo y de cooperación con las instancias de gobierno.

En especial, cabe subrayar el esfuerzo realizado desde hace más de una década por el Programa de Desarrollo y Paz para el Magdalena Medio, cuyo trabajo de

fortalecimiento de la participación y de los lazos comunitarios con una invocación constante a lo público (Arboleda y Garfield, 2002, p. 2), ha generado experiencias valiosas sobre las cuales se han edificado novedosas propuestas sociales y culturales.

El Estado, por su parte, por medio de sus múltiples órganos intervinientes, debe propender por una mirada abarcante a través de un reconocimiento progresivo de este espacio como región. En realidad han sido escasas las alianzas estratégicas de municipios y departamentos dirigidas a trazar proyectos culturales para el Magdalena Medio (García, 2015).

Con miras al escenario de posconflicto, suena alentador el hecho de que en el último presupuesto general de la Nación por primera vez en muchos años el rubro destinado a educación y cultura sobrepasa a la inversión en materia de defensa militar. En lo que tiene que ver específicamente con cultura, en su primer periodo de gobierno el presupuesto para este sector aumentó un 92% (Mincultura, 2014, p. 13).

Reflexiones finales: La ruta hacia una sociedad intercultural

Aunque el proceso de colonización haya concluido apenas parcialmente, el Magdalena Medio sigue siendo una región en construcción, de ahí se deriva la imperiosa necesidad de consolidar su identidad cultural. Ante este panorama, es relevante que la comunidad proyecte su capacidad de reconstituir el tejido social y los canales de tramitación de conflictos. Definir una voluntad de democratizar buscando salidas desde la sociedad civil misma, de manera que se fortalezca una nueva ética de la participación, la convivencia y la aceptación de diferentes lógicas. Explorar espacios y vincular actores para que el diálogo y las soluciones integrales se impongan

ante cualquier aspiración de los actores violentos. Es imprescindible además, que se forje una sociedad menos desigual en lo económico como precedente para atenuar las confrontaciones sociales y la marginalidad cultural.

Asimismo, hay consenso general respecto al requerimiento de una seria presencia oficial. Un Estado que, además de propender por la reconciliación, implemente una "reeducación colectiva" que redefine las solidaridades en dirección a conformar una cultura política para la región, ya exhausta de tanta violencia. A su vez, se aboga por una política cultural cohesionadora capaz de robustecer el sentido de pertenencia comunitaria.

Los habitantes del Magdalena Medio tienen la fortuna de compartir la principal arteria fluvial del país. Por eso, hoy más que nunca toma realce el clamor por recuperar este potencial de desarrollo social, económico y turístico. Con ello, se logrará preservar la ya menguada cultura del río, una cultura cálida con unas connotaciones sociales muy definidas.

Es esencial también la concientización de sus habitantes para que analicen más su contexto regional, así se tendrán más elementos de juicio para entender y articular la complejidad que les compete. Además, de afirmar identidades como santandereanos, antioqueños, bolivarenses o cundiboyacenses, es preciso urdir identidades como partícipes de una inocultable realidad regional, cuya configuración va más allá de los fríos y descontextualizados límites político-administrativos. Una identidad que, además de todo, sirva para tender puentes entre lo local y lo nacional.

Aceptar además de manera consensual la existencia de un pluralismo social, político y cultural, y conforme a esto, adoptar proyectos democráticos incluyentes que incorporen a sus pobladores

desde la diferencia, abandonando rotundamente los postulados homogeneizantes impuestos por la fuerza.

Por eso, es clave hacer la transición del multiculturalismo a la interculturalidad (Mincultura, 2002, pp. 33-34) en la medida en que resulta poco plausible seguir reafirmando en tono romántico las diferencias en una región todavía enfrascada en la intolerancia y el aislamiento a raíz del conflicto. En ese sentido, es básico reconocer la diversidad, pero sin dejar de afianzar la solidaridad, es decir, avanzar hacia una sociedad intercultural en donde coexistan distintas culturas bajo la premisa del diálogo continuo.

Ya es hora de superar la persistente negación del "otro", su desvalorización y estigmatización. Este derrotero implica finiquitar la extensión de ciudadanía a todos sus escenarios procurando plena aceptación y legitimación, sin excepciones. Avanzar en el estímulo de las virtudes y aptitudes regionales culturales antes que propalar apreciaciones sesgadas y estereotipadas.

Si bien la globalización implica el desvanecimiento de las fronteras nacionales y la apertura al exterior, también implica una revalorización de lo regional. Frente a la pretensión homogeneizante de la globalización, cobra auge el espacio regional con sus lógicas específicas. Por lo menos, en el marco territorial que nos concierne, se vislumbran mayores expectativas de entrelazar la diversidad sociocultural con el ámbito nacional e internacional, gracias a obras de infraestructura en funcionamiento como la troncal de la Paz y el puente "Guillermo Gaviria Correa" sobre el río Magdalena que conecta al occidente con el oriente del país, así como también los proyectos de recuperación de la navegabilidad del río Magdalena y la rehabilitación de la vía férrea entre el municipio de La Dorada y la Costa Caribe.

Finalmente, es beneficioso retrotraer aquí el papel central de la escuela y de la educación como propulsores de la articulación de una dimensión cultural de desarrollo. Es en esos espacios donde se puede moldear una nueva mentalidad reeditando la historia para volverla más incluyente y haciendo visible a todos aquellos actores que han construido el abigarrado mosaico cultural de esta región. Esos dos componentes deben percibirse como artífices de una sociedad predispuesta para el respeto de la diversidad, cuyo objetivo sea aprender a pensar en forma analítica e innovadora, con sensibilidad y criterio abierto.

Se debe propender por nuevos modelos educativos que propicien espacios de interacción cultural de tolerancia en la vida cotidiana y que ayuden a conseguir un verdadero equilibrio entre democracia y equidad bajo la nueva perspectiva de aceptación de las particularidades culturales. Una apuesta educativa que conlleve reconocimiento del patrimonio histórico, arqueológico y cultural de la región.

Para cerrar estas reflexiones, resulta interesante recordar aquí una esperanzadora frase acuñada por el periodista Juan González Betancur en su correría por la región recogiendo historias de vida. Para él, “[...] la alegría es la única redención de estas tierras” (Manresa y Betancur, 2004, p. 9).

Referencias

Fuentes primarias de archivo

Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá, Colombia, Fondos: *Caciques e Indios, Historia Civil*.

Fuentes secundarias

Alonso, M. A. (1997). *Conflicto armado y configuración regional. El caso del Magdalena Medio*. Medellín: Ediciones Universidad de Antioquia.

Arboleda, J., & Garfield, E. (2002). Colombia-Development and Peace in the Magdalena Medio Region. *Conflict Prevention and Reconstruction Unit. Dissemination Notes*, (6), 1-4. Recuperado de: <http://siteresources.worldbank.org/INTCP/214578-1111751313696/20480225/ColombiaNote6.pdf>

Archila, M. (2006). Las identidades en el Magdalena Medio. En *Conflictos, poderes e identidades en*

el Magdalena Medio, 1990-2001 (pp. 467-508). Bogotá: Conciencias, Cinep.

Arcila, M. T. (1994). La cultura en el Magdalena Medio. En *Un mundo que se mueve como el río*. Santafé de Bogotá: ICAN, COLCULTURA, PNR.

Aristizábal, M. (1990). La cultura y las culturas populares en Colombia. En Triana, G. (comp.). *Aluna. Imagen y memoria de las jornadas regionales de cultura popular* (pp. 22-27). Bogotá, PNR, Colcultura.

Barrios, F. M. (2012). Masacre del 16 de mayo de 1988: una estrategia de control social en Barrancabermeja, un municipio con historia de acción social colectiva. *Documentos CERAC*, No. 19, Bogotá: CERAC.

Bello, M., & Mosquera, C. (1999). Desplazados, migrantes y excluidos: actores de las dinámicas urbanas. En Cubides, F. et al. *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Bogotá: Universidad Nacional.

Bravo de H., M. E. (2000). Recorridos, recodos y nuevos caminos. Una mirada crítica a las políticas culturales regionales. El caso de Antioquia y Medellín 1948-1995. En *Cultura y Región* (pp. 260-290). Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia.

Briceño, M. (1984). *Los jesuitas en el Magdalena*. Bogotá: Editorial Kelly.

Colmenares, G. (1989). *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada* (t. 2). Bogotá: Biblioteca Banco Popular.

Dávila, W. (2007). *Desplazamiento forzado en el Magdalena Medio 2005-2006*. Barrancabermeja: Observatorio de Paz Integral, ACNUR.

Dávila, A. (2007). *La violencia en el Magdalena Medio. Análisis de la dinámica espacial*. Bogotá: Universidad de los Andes.

Fals, O. (1990). Región y cultura: algunas implicaciones. En *Imágenes y Reflexiones de la Cultura en Colombia*. Bogotá: Colcultura.

García, C. I. (1993). *El Bajo Cauca Antioqueño. Cómo ver las regiones*. Santafé de Bogotá: Cinep.

García, J. (19 de agosto, 2015). *Comunicación personal*. (Asesor de la Dirección de Fomento Regional del Ministerio de Cultura).

Giménez, G. (2000). Territorio, cultura e identidad. En *Cultura y región* (pp. 87-132). Bogotá: CES-Universidad Nacional de Colombia.

Gómez, L. (1928). *Interrogantes sobre el progreso de Colombia*. Conferencia dictada en el Teatro Municipal de Bogotá el 5 de junio de 1928. Bogotá: Editorial Minerva.

Instituto de Estudios Regionales (INER). (2003). *Magdalena Medio. Desarrollo regional: una tarea común universidad-región*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Lamus, D. (2014). “Aquí no hay negros”: develando la presencia de la población afrodescendiente en Santander, Colombia. *Reflexión Política*, 16(31), 114-131.

Londoño, C. (1999). *Subregión del Magdalena Medio. De la unión de futuro hacia la identificación de líneas estratégicas*. Medellín: PLANEA.

López de la Roche, F., & Martín-Barbero, J. (1999). *Cultura y globalización*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, CES.

Manresa, K., & Betancur, J. G. (2004). *Los olvidados. Resistencia cultural en Colombia*. Bucaramanga: Editorial Unab.

Ministerio de Cultura. (2002). *Diálogos de nación: una política para la interacción de las culturas*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

Ministerio de Cultura. (2014). *Informe de Gestión 2010-2014*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

Múnera, A. (1998). *El fracaso de la Nación: región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*. Santa Fe de Bogotá: Banco de la República.

- Murillo, A. (1991). *Hacia una concepción de región Magdalena Medio, consideraciones desde la perspectiva histórica*. Medellín: PNR, Universidad de Antioquia.
- Pita, R. (2005). Presencia esclava en la región del Carare-Opón en tiempos de la Conquista y la Colonia. En *Repertorio Boyacense*, (341), 163-187.
- Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio. (2001). *Informe: 30 meses de acción*. Barrancabermeja: PDPMM.
- Ramos, A. (2000). *Los caminos al río Magdalena. La frontera del Carare y del Opón 1760-1860*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- República de Colombia. (2000). *Constitución Política de Colombia 1991*. Barranquilla: Editorial Mejoras.
- Samper, M. (2002). Más allá del puente elevado, la otra Barrancabermeja. En *Una Colombia posible. Historias de resistencia civil frente a la guerra*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Serje, M. (2005). *El revés de la Nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Suárez, M. A. (2012). *Análisis de iniciativas de memoria colectiva de víctimas del conflicto armado en Colombia a través de expresiones artísticas musicales en Bogotá. Período 1991-2010*. (Tesis de grado). Bogotá: Universidad del Rosario.
- Triana, G. (1990). Las jornadas regionales de cultura popular: un espacio de comunicación y participación. En Triana, G. (comp.). *Aluna. Imagen y Memoria de las Jornadas Regionales de Cultura Popular* (pp. 14-21). Bogotá, PNR, Colcultura.
- Vargas, A. (1992). *Magdalena Medio. Colonización y conflicto armado*. Santafe de Bogotá: Cinep.
- Velásquez, R. A., & Castillo, V. J. (2012). *Los yariguíes: resistencia y exterminio*. Barrancabermeja: Alcaldía de Barrancabermeja.
- Wills, M. E. (1999). De la nación católica a la nación multicultural: rupturas y desafíos. En *Museo, Memoria y Nación* (pp. 387-415). Bogotá: Museo Nacional de Colombia.
- Zambrano, F. (1990). Región, nación e identidad cultural. En *Imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia*. Bogotá: Colcultura.